

LÁGRIMAS DEL CANTÁBRICO

26-27 de Enero 1910



ENTRE los varios naufragios que se han sucedido en nuestra costa á fines del pasado mes, darnos cuenta del siguiente:

Por fin, y después de treinta y ocho horas de cruel espera, en las que, si la situación de los tripulantes del vapor *Gipuzkoa* era crítica, la del vecindario de los puertos el Abra y el mismo Bilbao se hacía muy violenta por la tardanza del salvamento, pudo éste realizarse merced al arrojo y heroísmo de los marinos de Guecho y Portugalete, á quienes, si por abandono de las Juntas les faltan medios materiales para estos trabajos, en cambio les sobra corazón para no arrenderse ante ningún peligro, cuando se trata de acudir en auxilio de sus semejantes.

La jornada fué brillante y digna de figurar en los anales de la historia de los marinos del Cantábrico que tan alto ha puesto su nombre; pero, sin embargo, de desear es que no se repita ni haya ocasión para ello, pues habiendo como hay sistemas seguros y prácticos para estos trabajos, sería criminal seguir consintiendo que así se arriesguen vidas que tanto valen.

La suerte de los tripulantes del *Gipuzkoa* había interesado hondamente á la opinión y desde primera hora comenzaban á llegar los trenes y tranvías de Algorta atestados de viajeros.

Muy temprano se presentaron también en aquella playa el señor Commandante de Marina, el director de las Obras del Puerto, Sr. Gorbéña, el acaudalado naviero D. Ramón de la Sota y el capitán inspec-

tor de la Casa Sota y Aznar, D. Mariano de la Torre, quienes hicieron el viaje en automóvil.

El Sr. de la Sota, para suplir en lo posible la falta de elementos, ofrecióse á coadyuvar al salvamento y á este objeto puso á disposición de las autoridades tres de sus remolcadores, el *Zabal-mendi*, el *Ederra-mendi* y el *Tontorra-mendi*, con cincuenta hombres de tripulación, elegidos entre los que más conocían el lugar del naufragio.

Asimismo dispuso que en la playa de Ereaga se personasen los primeros pilotos de los vapores *Portugaleta*, *Górliz* y el segundo del *Allu-mendi*, para que se pusieran á las órdenes de D. Mariano de la Torre.

Después de cambiarse algunas impresiones se acordó que el remolcador *Tontorra-mendi* marchase á *Portugaleta* con objeto de recoger el bote salvavidas de la Sociedad de Salvamento de Náufragos, para transportarlo hasta la grúa titán del contramuelle de Algorta, donde se había pensado elevarlo á tierra para conducirlo por medio de rodillos hasta la playa.

No pudo, sin embargo, realizarse este propósito, pues cuando se pensó en izar el bote se advirtió el peligro de que por su peso excesivo se desencuadernase.

Los tripulantes del bote, veintiún bravos marinos de *Portugaleta*, no se arredraron por aquella contrariedad y unánimamente se ofrecieron á hacerse á la mar á fuerza de remos para acudir en auxilio de los náufragos.

El intento resultaba aventurado y muy expuesto y el comandante de Marina, después de poner algunos reparos lo autorizó, comprendiendo que no era posible hacerse otra coca.

Entonces el *Ederra-mendi*, dió remolque al bote, conduciéndolo hasta frente á la playa de Ereaga, donde lo soltó.

Entre tanto, D. Mariano de la Torre dispuso que el tercer remolcador *Zabal-mendi* marchase á Santurce para hacerse cargo de otro bote salvavidas y estar preparado por si era necesario.

*
* *

El público que había marchado al contramuelle para esperar la llegada del bote salvavidas, se trasladó de nuevo a la playa al enterarse de que aquél no se llevaría por tierra.

Los trabajos de salvamento fueron seguidos por el público con verdadera ansiedad.

El bote salvavidas, abandonado al esfuerzo de sus remeros, comenzó á sostener desde el primer momento una lucha titánica con el oleaje. Resultaba, en efecto, dificilísimo lo que se intentaba, pues llegando de fuera tenían que contrarrestar el efecto de la impetuosa y doble corriente del envite de las olas que rompían y el de las que de rechazo formaba la resaca al estrellarse aquéllas contra el contramuelle del Este.

Apenas el bote podía avanzar y tan pronto se le veía elevado en la cresta de una ola, como se hundía rápidamente desapareciendo de la vista de los espectadores. Los momentos eran de angustia. Hubo un instante en que una ola formidable sorprendió al bote de costado y por la posición que ocupó se creyó que daba vuelta. Los bandazos eran tan enormes, que hubo tripulante que fué lanzado de popa á proa, siendo un verdadero milagro que no cayese al agua.

Dos veces intentó el salvavidas enfilarse al buque y las dos veces fué rechazado.

Los náufragos del *Gipuzkoa*, que desde la proa del buque presenciaban la operación, comprendieron lo dificilísimo de la tentativa y con banderas comunicaron á tierra que se encontraban bien y que se retirase el bote.

«El bote salvavidas—decían—, no puede venir. Es indispensable proceder con precaución. Téngase cuidado.»

Entre tanto, el bote salvavidas que había sido rechazado por vez segunda, era arrastrado por la corriente hacia el contramuelle. El público se dió cuenta de la gravedad del caso, pues se creía que los remeros, agotadas sus fuerzas, no podrían contrarrestar los efectos del oleaje, pero no tardaron aquéllos en desarrollar nuevos bríos y consiguieron enfilarse hacia la boca del puerto para maniobrar con mayor radio de acción.

Los minutos eran preciosos, pues habían dado ya las diez de la mañana y la marea iba á comenzar á subir.

Los marinos de Algorta, que no habían cejado en su empeño de intentar el salvamento con traineras, volvieron á insistir cerca del comandante de Marina para que les permitiera hacerse á la mar.

El comandante de Marina dudaba de conceder el permiso por el grave peligro que iban á correr, pero D. Ramón de la Sota apoyó las pretensiones de aquéllos, confiando en su valor y su pericia.

Por fin accedió el comandante á que se botase la trainera, poniendo por condición que habían de tripularla buenos nadadores y habían de llevar todos chalecos salvavidas.

Así se hizo y pocos momentos después, la trainera *Juan José*, que había sido trasladada á la playa, quedaba dispuesta encargándose de su dirección, como patrón, D. Fernando Arenesa.

Los nombres de sus tripulantes eran los siguientes:

Francisco Betolaza, Bonifacio Martínez, Saturnino Zarragoitia, Benigno Zárraga, Emilio Pérez, Juan Ruiz, Santiago Deusto (hijo), Daniel Irueta, José Luzárraga, Juan Ardanza, Sebastián Coste. todos de Algorta; Justo Arrinda, patrón del balandro *María Luisa*; Romualdo Andonegui, del *Purificación*, y los boteros del Club Marítimo del Abra, Pedro el Ondarrés, Anastasio Martínez y Pedro Motrico.

Amarráronse á la popa de la trainera dos largos chicotes que quedaron en tierra, prestándose á sostenerlos para ir arriando, cuantas personas se hallaban en la playa.

La tentativa era atrevidísima y un sacerdote bendijo antes de marchar á la trainera mientras que el público, emocionado, seguía todos los preparativos.

Todo listo, fué botada la trainera por numerosas personas que no repararon en meterse en el agua hasta la cintura.

La trainera comenzó su marcha de avance con relativa facilidad y gran rapidez merced al impulso de sus remeros, hasta llegar al lugar de las rompientes.

Allí comenzó el punto culminante de la operación, pues se vió á la embarcación elevarse y desaparecer, sin que por un momento perdiese el equilibrio que sus bravos tripulantes mantenían á fuerza de puños.

A medida que se acercaba al buque, la ansiedad aumentaba en cuantos se hallaban en la playa. De pronto se vió que desde el *Gipuzkoa* largaban una defensa y hubo entre el público un murmullo de satisfacción.

La valiente trainera había ganado la proa al *Gipuzkoa* y se acercaba al costado de babor.

Un instante después se vió que por la escala colgante del buque descendían un hombre y una mujer que fácilmente ganaron la trainera.

Entre tanto, los tripulantes del bote salvavidas, excitados al ver la llegada de la trainera, realizaron un esfuerzo enorme y haciendo un

recorrido verdaderamente heroico llegaron por estribor al buque naufrago al que embistió por no poder contener la velocidad adquirida.

Sin embargo, el bote no sufrió daño aparente.

Como la estancia de las dos pequeñas embarcaciones se hacía peligrosa, pues el bote cambió á babor y el oleaje les hacía chocar, se retiró la trainera por ser la embarcación que menos seguridades ofrecía.

Ésta emprendió el regreso á la playa, haciéndolo de popa, pues era remolcada por los chicotes.

La travesía fué tan feliz á la vuelta como á la ida y cuando se aproximó á tierra, una salva de aplausos premió la labor de los bravos algortenos.

Muchas personas impacientes se metieron en el agua para recibir antes á los salvadores y salvados.

Éstos eran el mayordomo y su señora, la cual llegó en deplorable estado de abatimiento y su propio marido la llevó á hombros hasta el domicilio de la señora viuda de Suárez, presidenta de la Cruz Roja de Algorta, que se ha hecho acreedora por sus excelentes servicios á unánimes alabanzas.

Entretanto continuaba el salvamento de los restantes naufragos del *Gipuzkoa*, que iban trasladándose ordenadamente al bote salvavidas.

Las niñas fueron bajadas en sacos.

Terminado felizmente el salvamento, el bote salvavidas hizo rumbo á la playa, siendo su viaje emocionante y dando lugar á que sus tripulantes pusieran una vez más de relieve sus extraordinarias facultades marineras, pues la embarcación era impulsada por el oleaje hacia las rocas que son defensa del contramuelle.

Igual entusiasta ovación que á los de la trainera, se tributó á los bravos portugalujos y el público se disputaba el honor de desembarcar á los naufragos y ofrecerles sus casas.

En pocos momentos aquella brava gente que durante día y medio estuvo con la vida pendiente de la estabilidad y consistencia de un buque destrozado, se vió solícitamente atendida y cuidada en diversas casas.

Los nombres de los salvados, son los siguientes:

José Andonegui, piloto, de Deusto.

Miguel Manzaneda, contraestre, de Castro Urdiales.

Manuel Montes, mayordomo, de Bilbao.

José Menéndez García, fogonero, de Candas (Asturias).

Juan Rodríguez, fogonero, de El Ferrol.

Andrés Case García, fogonero, de Gijón.

Emeterio Menéndez Rodríguez, fogonero, de Gijón.

David Alberto Cuervo Alvarez, fogonero, de Gijón.

Celestino Eguía, camarero, de Deusto.

Felipe Eguía, agregado y marinero, de Deusto.

Estos dos, hermanos del capitán.

Faustino Lecozaís, cocinero, de Mundaca.

Fructuoso Mencía Pérez, palero, de Gijón.

José González Martínez, palero, de Santurce.

Félix García, fogonero, de Gijón.

Galo Busturia, carpintero, de Busturia.

Antonia Eguía, esposa del mayordomo.

Casilda Iriberry, esposa del contraamaestre.

Elisa y María Luisa, hijas del contraamaestre, de once y cuatro años de edad, respectivamente.

Todos ellos llegaron relativamente bien, excepción hecha de Félix García, que venía herido y completamente abatido.

Éste fué uno de los tripulantes que. el día anterior intentó salir en un bote y al naufragar, cuando se hallaba á punto de perecer, fué recogido desde el vapor con un calabrote.

Hubo en el desembarco dos escenas, dolorosa la una y cómica la otra.

Una muchacha joven preguntaba ávidamente por el tripulante Ricardo González.

Éste fué uno de los que se ahogaron la víspera.

La nota cómica la dieron dos de los salvados, que llevaban en brazos al perro y al gato de á bordo.

El marmitón guardaba en el seno un canario.

La situación de los náufragos fué terrible la primera noche, por no estar bien enterados de la situación en que el buque había quedado.

Al día siguiente, ya algo más tranquilos, consiguieron algunos de ellos pasar á popa, donde había víveres en abundancia, que recogieron, así como varias botellas de sidra y champagne. También consiguieron encender las estufas. Les angustiaba el abatimiento de las mujeres.

La noche volvió de nuevo á sobrecogerles.

La niña mayor, hija del contraamaestre, se mostraba muy valiente y la pequeña no se daba cuenta de nada.

Tan sólo, cuando se le dijo que había que meterla en un saco para salvarla, se echó á llorar.

Respecto á las causas del siniestro, la noche del accidente habían conseguido entrar dentro del puerto, pero como no encontrasen buen sitio para fondear al Oeste, trataron de resguardarse por el muelle del Este, pero al pasar, la corriente y el viento les echaron mar afuera.

Entonces se vieron perdidos, porque el buque derivaba hacia el acantilado de la Galea. Echaron el ancla, que contuvo un momento su marcha, pero falló la cadena y entonces fué el *Gipuzkoa* á encallar en el lugar que se encontró.

Interminable resultaría esta información si en ella fuésemos á recoger todos los incidentes curiosos que de los salvados se ha podido escuchar.

Á petición de los dueños del Hotel Ugarte, que se hallaban en la playa, fueron conducidos á aquél, la esposa del contraamaestre y el carpintero Galo Busturia, el marmitón David Alberto Cuervo, los fogoneros Emeterio Menéndez, Andrés Cano, José González, José Menéndez García y el palero Félix García.

D.^a Dolores Ajuria recogió á los hermanos del capitán Sr. Eguía.

Los demás se distribuyeron por diversos establecimientos.

El armador del buque, D. Blas Otero, dispuso que todos fueran bien atendidos y alojados por cuenta de la Compañía.

D. Ramón de la Sota gratificó de su bolsillo con dos duros á cada uno de los marinos que tripularon el bote salvavidas y la trainera durante el salvamento.

Además, en el Club Marítimo del Abra se abrió una suscripción á favor de todos cuantos se han distinguido estos días trabajando por los náufragos.

El gobernador civil, que presenció en Algorta los actos de heroísmo que se realizaron, ha abierto expediente para proponer algunas recompensas á favor de los que han expuesto su vida por salvar á los náufragos.

Los directores gerentes de la Compañía del vapor *Bizkaya*, armadores del *Gipuzkoa*, D. Blas de Otero y D. Luis de Urrutia, han pasado atentas comunicaciones á las autoridades de Marina y á los alcal-

des de Algorta y Portugalete dándoles las gracias por los servicios prestados en el salvamento de los náufragos.

Igualmente ha comunicado su agradecimiento á los Sres. D. Ramón de la Sota y D. Mariano de la Torre, quienes con gran riesgo y gran acierto dirigieron los trabajos de salvamento.

Los Sres. Otero y Uriarte hacen también extensivo su agradecimiento á todas aquellas personas que con desprecio de sus vidas trabajaron por salvar las de sus semejantes.

